

El canto de las hadas

Hoy se ve el ojo blanco de Elak brillar con odio y desespero; nubes negras que se pasean, espíritus danzantes llenos de terror y angustia, como almas que nadan sobre los ríos de sangre y muerte; canto infernales de hadas oscuras y de como se cruzan con el ojo para mostrarse. Esencias olvidadas que se irán y morirán junto a esta noche, pero esta noche es larga y lenta, indeseable, inhabitable. Hoy el viento se columpia sobre los oídos como gritos de espectros que te abrazan, te aprietan, para sentir su fría presencia; de como sus manos sientes sobre tus hombros, no lo vez, pero junto a ti se sientan, se acomodan y sin darte cuenta estas rodeado de espíritus que te miran con sus ojos blancos, pálidos, cansados como la nada, esperando tu retiro de la vida para compartir contigo los eternos lamentos de la muerte.

Se ven los largos y encorvados árboles con aquellas raíces mostrándose como serpientes; mira sus ramas, largas garras que te buscan para abrazarte de horror y entre sus esquinas, la oscuridad que llama a tu imaginación, llena de pasión por tus temores y miedos; sombras de criaturas que se muestran con ojos escondidos, a veces llameantes de

terror; y cantan, los árboles cantan como lamentos de castigo; un eco que exprime hasta el corazón más puro.

Hay senderos, caminos negros, muy negros, que llevan a un laberinto de perdición, ocultos de la luz blanca y fría del ojo de Elak, como si el gran dios y señor Deos, guardián de la oscuridad, cubriera con su dedo las entradas de los senderos, ahogando el alma como si te arrastraras de bajo de las tierras, entre serpientes y arañas, gusanos y muertos, pero no lo vez, no lo distingues, solo se siente, te comen por dentro; hasta que tus pasos, tus pies se petrifique, se congelen y te das cuenta que estas solo, atado y ciego. Así son estos caminos, estos senderos, muerte para los vivos y agonía para los muertos.

Pero, alguien vigila esta noche, se siente la inocencia oculta justo en aquel pequeño tragaluz descuidado y viejo, de cortinas rasgadas que alguna vez fueron blancas; ahora solo parecen trapos sucios amarrados a un tronco viejo, o fantasmas de algunas noches que deciden asomarse en las ventanas de una casa en ruinas y abandonada, sombría y funesta. Sobre él, las garras de un gigante, delgado árbol seco y muerto que baila, llora a veces, pero, sonrío y de cómo sus ramas se parten al golpear las esquinas de la pobre ventana. Allí, de tantas sombras y miedos, lamentos y desesperos, hay una luz, una luz tenue, lejana, que se niega apagarse; como una estrella que se admira en un cielo solitario, celada y envuelta por las alas de un ángel, o una bella rosa blanca que decide morir y llorar en un cementerio otoñal. De sus líneas delgadas y opacas, justo en su centro, una corona dorada que decide despedirse y apagarse, dando su último suspiro; y llora, llora sobre su blanco cuerpo esquelético, envejeciendo a lo que era una admirable vela, pero ahora solo cae en pedazos como los pétalos de despedida de una corta vida; orgullosa la vela de mostrarle a la oscuridad que nunca será completa. La corona dorada gira, gira y baila con el viento, a

veces llena de esplendor, o cansada del duelo de la negra noche y una simple, desgastada y vieja estrella brillante de los cielos olvidados.

De pronto una sombra se asoma, se detiene justo en la ventana; pequeña la sombra y de siluetas delgadas, de cabellos largos, lacios como las olas de un mar negro, acompañado por un suave y frío viento; aquellos ojos azules, azules como el cielo de los Ángeles de Samank, donde se sientan sobre las nubes a jugar, reír o llorar por las desgracias humanas. En la mano izquierda su suave y detallada palma llevaba una cicatriz, un símbolo que había nacido con ella y que siempre ocultaba, cubriéndola con un largo lazo blanco para no sentir las miradas sobre ella.

Es inocente, es blanca como las rosas de los jardines de Lek en las tierras perdidas de Uruat, donde todo era muros de blanca perla y jardines de mantos blancos como las nubes de los cielos soñados. No le teme a la maldad por no conocerla y solo sus ojos conocen trece inviernos; su rostro, rostro de hada, bella, pero una belleza no conocida y admirada, perfecta y única; así es ella, tan bella como la rosa blanca, tan brillante y llena de esplendor como la luz de la vela, la luz de una estrella. Ella es así, ella es Neia.

Un silencioso ruido llamó su atención, no era el viejo árbol, tampoco el frío viento que acariciaba su cabello; era una voz, una voz oculta entre los brazos de los árboles y la oscuridad de los senderos, de los caminos negros. Pudo ser un canto de hada, una melodía de bellos atardeceres, pero no, aquel llamado tenía un nombre que se repetía como un silbido, suspiro del viento, un sonido que a veces perturbaba su oído - ¡Aine...! ¡Aine...! ¡Aine...!-, sus descalzos y pequeños pies que apenas se asomaban por aquel vestido blanco caminaron, se acercaron poco a poco a la tragaluz, hasta que sus suaves manos se balacearon sobre la madera; y miró, sin encontrar nada, -¡Aine...! ¡Aine...! ¡Aine...!- escuchó. Neia quería ver, deseaba saber, quien llamaba y porque. Intentó salir por la

ventana, pero su tamaño no la ayudaba, apenas sus ojos se asomaban. Su entusiasmo era más grande que la tragaluz, así que se acercó a la mesa donde moría la vela, una mesa empolvada y vieja, con un trozo de madera grueso debajo de uno de sus soportes para evitar que bailara, aunque su rechinar se podría escuchar a muchos metros de allí, como una vieja bruja amargada y odiosa, murmurando, pero a gritos, por la pérdida de su gato negro; a un lado descansaba un banquito, aunque su estado no era como el de la mesa, a veces le daba por llorar; Neia tomándolo, lo arrastró hasta la ventana y apoyándose sobre él pudo subirse.

Al estar sobre la ventana el frío viento le gritó con odio, un grito de desespero, como las almas de los espectro de Casus, quienes mueren en lamentos y gritos por el resto de su eternidad en viajes por los cielos rojos, mientras cabalgan clavados con agujas de sal sobre las esfinge. Neia miró a lo lejos, pero sus azulados ojos estaban ciegos de tanta oscuridad, — ¡Aine...! ¡Aine...!- ahora el llamado era mas fuerte y frío, -¿quien podría ser...? ¿que podría ser...?- se preguntaba al echar un vistazo con inocencia por los caminos sombríos, donde sobre los cielos adornaba y sonreía de maldad el ojo blanco de elak.

No se detuvo, sin paciencia hacia el otro lado llegó, hasta sentirse sola, muy sola y pudo ver un camino, un negro sendero, en donde el llamado provenía, donde el canto se escuchaba, en que el viento hablaba y susurraba; los largos árboles vigilaban, la miraban, la deseaban. Neia caminó, lento, a veces, sus pies se detenían mientras la entrada al bosque se hacia gigante y más oscura, como una cueva, pero no de murciélagos, un hueco de arañas y serpientes; y sentía el viento como un fantasma que se detenía como un muro sobre ella, en que su aliento era arrancado y tragado. Allí estaba ella observando el camino y cuando uno de sus pies decidió moverse el otro lo siguió sin detenerse; ya estaba adentro, ahora las ramas yacían sobre ella, se partían, caían frente a sus ojos que no miraban, solo ruidos,

gritos y un llamado era lo que sus oídos escuchaban. Alguien sonrió, pero no era el viento, tampoco los árboles, fue una sonrisa desagradable y lúgubre, aguda y maléfica; Neia deseaba ver, deseaba volver pero, estaba perdida y comenzó a angustiarse, a temer de la oscuridad y la maldad. El la miró con deseo y pudo haber sido aprecio, pero su dieta de sapos y murciélagos no era su mejor recuerdo. Ella solo pensaba en correr, pero no sabía hacia donde el oscuro recorrido la llevaría.

Una delgada figura, una sombra oculta, se balanceaba se arrastraba sobre los encorvados árboles como si paseara por un jardín de rosas negras, se detuvo por un momento y justo cuando el ojo brilló, se mostraron las garras consumidas y punzantes que bailaron con la luz; Neia suspiró, pero no se movió, las manos se ocultaron y la sonrisa se unió al viento, la sombra delgada y mediana sobre un árbol quiso acomodarse, recostarse, como una serpiente se deslizó y vino la voz aguda con una pregunta,

- uhn... mi pequeña ardilla debes estar perdida uhn... ¿como te llamas...?- no deseaba responder, no quería hablar, pero tenía que hacerlo,

-me llamo Neia y estoy perdida, ¿podría mostrarme el camino hasta mi hogar...?- uhn... ¿crees que podría...? tú... mi pequeña ardilla perdida ¿piensas en volver...?- dijo la criatura

-¿quien es usted...?-, preguntó Neia con temor y angustia,

-uhn... uhn... uhn... las hadas me llaman el sombrero por ser lo único que lograban ver antes de atraparlas y luego tragarlas... Rojo por los pequeños hijos de reyes que lograban distinguir en lo oscuro y negro de una esquina mi gorro rojo que he pintado con su sangre después de robarlos... y arrastrarlos... a un lugar donde los gritos pueden ser un canto y la agonía una inspiración para mí... tú... mi pequeña ardilla... ¿como deseas llamarme mientras arranco cada pedazo de tu cuerpo? -

La criatura de un brinco se ocultó, danzando de árbol en árbol y una carcajada llena de emoción. Un arlequín diabólico en medio de la oscuridad. Una sonrisa a su derecha, una carcajada a su izquierda; miraba, la detallaba, pero no la encontraba.

Ella giraba y giraba hasta que una pequeña luz a lo lejos observó; resplandecía pero, no como una estrella y un ángel, era una luz indefinida de muchas formas y se acercaba; de como sus cenizas brillantes un camino formaban, como una estrella fugas que danza y se oculta sobre los cielos oscuros o el polvo de viejas estrellas que mueren mientras cumplen deseos de sueños llenos de armonía y esperanza. Y solo cuando su luz fue más radiante y fuerte, se mostró la delicada y bella figura de una pequeña mujer, tan pequeña que las manos de Neia podrían abrazarla, cubrirla; sus siluetas sin disfraz, descubiertas eran olas de un mar de suaves canciones y aquel cabello dorado tan lacio, tan largo que a veces cuando el viento se callaba rozaban sus diminutos pies y sus alas de mariposa, azules como el agua cristalina de los lagos de Oris, guardián del agua; sus ojos verdes como los jardines de Gargol, señor y guardián de la tierra, donde los árboles cantaban y las hadas bailaban.

Hubo silencio, el viento fue callado, los árboles no cantaron y Neia sintió escalofríos; no se movió, no quiso moverse y fue cuando la pequeña mujer dijo

– mi diosa..., ha vuelto, está con nosotros... -,

pero, ella no habló, su miedo y terror le cosieron la boca, ni un silbido pronunciaba y le dolía su mano, la izquierda, pudo ser el frío pero, el viento se mantenía sin hablar, ni un suspiro se atrevía a dar,

–Aine... mi diosa Aine, soy Nira, hija de las hadas de Bardod, mi señor y guardián... esperó muchos años para buscarla, ¡encontrarla...! Me permitió mirarla, contemplarla, muéstreme su nombre, el símbolo mi señora...

-¿Por qué me llamas de esa manera...? soy Neia y provengo de las tierras de la Villa de Valens, ¡necesito regresar...!.-,

responde con el corazón desgastado y escondido. El dolor fue más fuerte y decidió mirar, saber que la molestaba; levantó su mano, se quemaba y en su palma la cicatriz brillaba, destellaba de calor, de fuego, como un símbolo escrito, una marca no conocida.

Una carcajada mató al silencio, el viento sopló más fuerte y los árboles lloraron, gritaron; Neia se desesperaba y su mente llena de imágenes que formaban criaturas entre las esquinas negras de los arbustos; él la miró oculto, con sus ojos grandes y saltones, brillantes en la oscuridad y justo en ese momento una roca voló hasta golpear a la pequeña Nira, lanzándola hasta lo sombrío y negro del bosque; la criatura se balanceó de árbol en árbol, se arrastró, hasta llegar al lugar donde yacía inconsciente el hada y en medio de sombras y nieblas, Neia apenas pudo observar como la tragaba sin piedad, como un simple pedazo de carne, arrancaba sus manos, pies y cabeza, hasta no quedar nada y aquellos ojos la miraron por un momento con una sonrisa larga, envuelta en sangre.

Neia comenzó a correr, huir del terror y la amenaza pero, él vigilaba sus pasos, los contaba y se burlaba de ella, la miraba caer, tropezar; solo deseaba llenarla de miedo y sus largas garras rozaban por su espalda envueltas en sangre. Se sentía cansada y angustiada, sus ojos ya no lloraban solo se perdían, huían en la oscuridad de los senderos, gritaba, algunas veces, solo cuando su aliento descansaba y el viento repetía su grito, un eco entraba a su corazón lo exprimía, apretaba y arrancaba. Sus pies, sus pasos fueron tragados por la tierra. Llena de rasguños, de espinas de rosas negras; Neia estaba muriendo, agonizando hasta que solo cayó cerca de una gran roca, como una tumba, un altar negro pero, solo para su alma que conocería los lamentos y castigos de la muerte. Ella no los miraba, no los detallaba pero, allí estaban los espectros junto a ella, sentados a su lado, mirándola,

deseando tocarla, uno de ellos sonrió y otro lloró, inclinaron su cabeza ante el ojo blanco de Elak que quiso brillar sobre ella para mostrarle, anunciarle que estaba sola, atada y ciega.

-Grita... grita mi ardilla-, dijo gorro rojo amenazando, caminando a brincos pero, lentos, como pasos de arañas, -que mis garras te arrancaran el corazón y tus ojos uhn, uhn, tus ojos los colgaré en la entrada de mi tronco hueco... los miraré brillar con su azul intenso y recordaré tus llantos, gritos y agonías...-

Sobre los árboles, las hadas lloraron, querían brillar, deseaban ayudar pero, su temor las apretaba y su luz se apagaba. Se levantaron y una historia voló con el viento, pudo haber sido un canto de hadas, una melodía de llantos y presagios negros, pero solo eran recuerdos oscuros de noches oscuras; susurros como una oración de clemencia y piedad.

-Sapos y murciélagos come el sombrero, lloran los niños ocultos de miedo... Su gorro es rojo como la sangre, no hay como lo llamen, ¿el duende rojo?, ¿el gorro rojo...?

Mata reyes y se come a sus hijos, se esconde en la inocencia de todos los niños, sus garras de águila tu corazón te arranca... Te persigue y acosa, se oculta y te encuentra...

Mujeres y niños su único anhelo, su merienda un sapo, su dieta un murciélago... En los caminos negros le fascina vivir, sobre los árboles le encanta dormir...

Corre pequeña sobre ti está, quien despierta en tus pesadillas... el que duerme en el día ¿Quién es?, es el sombrero...

Y antes que sus llantos las ahogara dejaron de brillar, desaparecieron con las estrellas, como si las tragara la noche.

Elak suspiró de terror y se ocultó, el viento gritó tan fuerte que los árboles se abrazaron entre ellos, los espectros corrieron, la noche se hizo más negra y tétrica. Neia agonizaba debajo de la gran roca, esperando su muerte, cansada de un camino de engaños y extrañas proezas. Y justo cuando gorro rojo yacía sobre ella danzando sus garras, tres

sombras, seres ocultos, emisarios de la muerte, en mantos negros se deslizaron hasta él y al levantarse fue como un gran muro de cinco veces su tamaño y uno de ellos mostró su larga mano que destellaba de fuego colocándola en el gorro rojo y el fuego consumió al instante el cuerpo de la criatura, Neia apenas miraba como el cuerpo se volvía cenizas y gritaba, el gorro rojo gritaba, como aquellos niños que temieron de su maldad pero, ahora su eco era la sonrisa de las almas de ellos quienes contemplaban sentados, acomodados sobre los árboles como su perseguidor era enviado a las tierras de Casus para ser castigado por los eternos lamentos de la muerte.

Neia miró a los tres largos mantos negros y uno de ellos le mostró la roca donde ella yacía, le señaló los símbolos que brillaban, la escritura no conocida que se mostraba; ella sintió tranquilidad al mirarlos pero, volvió al temor, al frío y a la angustia cuando observó la misma marca en su mano, la cicatriz que nació en su palma, brillaba el símbolo se llenaba de fuego. Ella caminó lentamente hasta la piedra, su mano posó sobre la roca y sentía el calor, la atracción, el fuego la abrazó. Un recuerdo, un nombre vino a su memoria y dijo, -Aine... soy Aine- sin temor, su angustia fue olvidada y lentamente su cuerpo, sus siluetas largas se volvieron cenizas, sus bellos ojos azules lloraron, pero ella sonrió, estaba tranquila. Su cabello desaparecía con el viento y ella brilló como la vela, la luz de una estrella que ahora se marchaba mostrándole a la noche, a los senderos negros que nunca serán completos.

